

PODER Y EXILIO: EL CASO DE JUAN GELMAN

Ximena A. Esquivel Mastrandrea
Facultad de Filosofía y Letras, UNT

Introducción

Este trabajo es una síntesis acotada de otro en el que se ponen en relación dos formas de nombrar lo diferente, por un lado, en la sociedad disciplinaria -caracterizada por Foucault- y por otro, en la sociedad totalitaria instaurada durante la última dictadura militar argentina. Nos detendremos brevemente en la figura de los locos y en la de los denominados subversivos por el discurso castrense, para tratar de comprender en qué radica su diferencia y por qué deben ser separados del resto de la sociedad. Analizaremos algunos mecanismos de control desarrollados por el poder para dominar a estos sujetos, prestando especial atención a la figura del exilio. Finalmente trataremos de vislumbrar algunos de los efectos de éste en la poesía de Juan Gelman.

Locos y enfermos: de la sociedad disciplinaria a la sociedad totalitaria

El concepto más importante para Foucault dentro de la sociedad disciplinaria es el poder. A nivel macro, lo ejerce el Estado, y a nivel micro, diferentes instituciones: la escuela, la iglesia, etcétera.

Este poder es un poder racional que se erige como ley, como verdad, y quien ejerce ese poder tiene la capacidad de ordenar y controlar al resto de la sociedad. El razonamiento que se sigue es, de modo muy sintético, el siguiente: "Yo soy la ley, soy-tengo la verdad, eso me da el poder de controlar a quienes están por debajo de mí, y ver que la ley se cumpla. Yo soy la norma, por lo tanto, todo aquel que sea diferente debe ser separado de la sociedad". El poder es la razón que ve, que controla, que domina desde un lugar estratégico. Es pertinente aquí preguntarse quién le otorga el poder y la verdad a esa sociedad disciplinaria. Para responder a ello debemos primero comprender que para Foucault no existe una única verdad que ya esté dada, sino que la realidad se compone de distintos hechos, o distintas interpretaciones de un hecho, que pugnan entre sí para constituirse en verdad. Pues bien, quien ejerce el poder dentro de una sociedad puede seleccionar y excluir de entre esos hechos lo que va a ser verdad y lo que no. La verdad no está dada sino que se instaura. Para que esto sea posible es necesario repetir esa verdad hasta que sea aceptada como cierta, y aquí cumplen un papel importantísimo los medios

de comunicación, encargados de difundir esa verdad. Cuanto mayor sea la repetición y difusión de esta verdad, de esa interpretación del hecho, mayor será el poder de dominar las subjetividades receptoras de la información y hacer que adopten su misma interpretación.

La sociedad disciplinaria es una sociedad racional, utiliza la razón para dominar a los hombres, y para dominar debe apartar de sí la locura. Por lo tanto, la figura del manicomio ocupa un lugar primordial en esta sociedad ya que permite que la razón aparte de sí todo aquello que es diferente y se reafirme como tal. La estructura que plantea Foucault (1873-74) es una estructura estratégica. Sólo es posible que exista el poder porque hay un sistema de jerarquías y diferencias que funciona a través de redes, de relevos, de apoyos recíprocos, que permite controlar desde todas las posiciones. No hay sujeto, hay luchas y enfrentamientos. El conocimiento y la verdad son luchas, enfrentamientos de distintos conocimientos y distintas verdades donde cada uno trata de imponer al otro su conocimiento y su verdad como La verdad. Quien tiene el poder es quien vence.

Si ponemos en relación la figura de los locos y los criminales en la sociedad disciplinaria con la figura de los enfermos o subversivos creada por la dictadura militar argentina del '76, podemos observar que, en primer lugar, estas figuras surgen en ambas sociedades como parte de un sistema de poder que pretende controlar todo aquello que es diferente para evitar el desorden de las normas impuestas. El modo de hacerlo es separándolo del resto, colocándolo en un lugar estratégico desde donde sea posible dominarlo. Los locos serán destinados al asilo o manicomio, los delincuentes a las cárceles y los subversivos a los centros clandestinos de detención. Es decir, para cada uno se crean diferentes instituciones que funcionan con el mismo fin: reformar al individuo cuando sea posible, o mantenerlo encerrado y controlado si es que no lo fuera. Dentro de estas instituciones el poder se ejerce de manera táctica. Cada individuo ocupa un lugar específico y cumple una función determinada dentro de la red de poder.

En segundo lugar, la figura que se posiciona como centro del poder en cualquiera de estas instituciones tiene la capacidad de atribuirse, porque el sistema lo permite, el don de una inteligencia superior y "excelencia moral en sus costumbres". Por ello no interesa si las creencias y costumbres del recluso son buenas o malas, correctas o incorrectas, lo que importa es que son diferentes a las del poder y por lo mismo, perjudiciales para él.

Por último, se trata de una batalla por imponer la verdad sobre el otro, en otras palabras, obligarlo a adoptar las mismas creencias y costumbres. Todo el sistema de redes de poder que se pone en funcionamiento tiene el propósito de reformar al recluso para que éste deje de ser un problema. No se trata de convencerlo ni de intentar comprenderlo, se trata

de dominarlo. El sistema de poder pone en funcionamiento una serie de mecanismos de control tendientes a doblegar la voluntad del recluso, mecanismo que inicia desde el momento mismo en que lo privan de su libertad, y finaliza cuando la verdad del poder es aceptada.

Más allá de estas características en común entre la sociedad disciplinaria y la sociedad totalitaria, es oportuno aclarar qué nos lleva a relacionar específicamente a los locos con los denominados subversivos por la dictadura militar. Y es la identificación que se hace de ambos –cada uno en su contexto- como elementos que difieren y se oponen a la razón del poder instaurado. Traeremos para ello la definición que Foucault (1873-74) rescata sobre los locos:

“Hasta fines del siglo XVIII (...) *lo que caracterizaba a la locura era el sistema de creencia*. Ahora bien, a principios del siglo XIX vemos aparecer de manera muy repentina un criterio de reconocimiento y atribución de la locura que es absolutamente distinto; lo que caracteriza al loco (...) *es la insurrección de la fuerza*, el hecho de que en él se desencadena cierta fuerza, no dominada y quizás indomable” (p.2)¹.

La concepción que se tiene del loco como ser diferente por su sistema de creencias y por la insurrección de la fuerza es aplicable a la imagen que se creó para caracterizar a los subversivos durante la dictadura militar. “Un terrorista no es solamente alguien con un revólver o con una bomba, sino también cualquiera que difunde ideas que son contrarias a la civilización occidental y cristiana”, sostenía Videla (1978, citado en Lorenzano, 2001). Eran subversivos porque engendraban creencias que se oponían a las castrenses y amenazaban con desbaratar el orden social. Asimismo se les asignó también la cualidad de ser fuerzas insurrectas, fuerzas sumamente violentas y peligrosas para la ciudadanía, por lo que los militares se adjudicaron el poder y el deber de controlarlas por medio de la violencia.

Es por estas características otorgadas al sujeto diferente como sujeto peligroso, y los mecanismos de control puestos sobre ellos para dominarlos, que creemos que locos y subversivos comparten un mismo lugar dentro del sistema de poder. No olvidemos una frase muy elocuente que nombraba a las Madres como “**las locas** de la plaza”.

Mecanismos de control: cárcel, muerte y exilio

La sociedad disciplinaria utiliza distintos mecanismos para controlar a los sujetos cuyas creencias y comportamientos se apartan de la ley dictaminada por el poder. Algunos de

¹ El subrayado es nuestro.

estos mecanismos consisten en la persecución y el aislamiento de los sujetos en instituciones como los manicomios y las cárceles, donde se les aplican métodos intimidatorios que van desde amenazas psíquicas hasta castigos corporales. El mismo sistema de control se puso en ejercicio durante la última dictadura militar argentina. Aquí la figura del enemigo, es decir, el sujeto diferente, denominado subversivo por el discurso militar, se hizo extensiva a todos los miembros de la sociedad cuyas creencias contradijeran a las del régimen, con ello todo el país se convirtió en una gran institución persecutoria que funcionó al modo de los asilos mentales antes mencionados.

“El contenido de la palabra subversivo, que en principio comprendía a las guerrillas, fue aumentando su extensión hasta abarcar a todos los que simplemente no coincidían con el diseño de la junta militar, arbitrario y unívoco, de lo que debía ser el ciudadano argentino” (Laval, 1995, citado en Corbatta, 1999: p.22)

Los militares concibieron la idea de estar en guerra contra un enemigo interno al que debían eliminar del modo que fuera necesario. Resguardándose en ello hicieron caso omiso de las vías legales y utilizaron todos los métodos disponibles para vencer. El más empleado fue el método de la desaparición de personas.

El control y la represión instalaron el terror en la sociedad, y éste derivó en autocensura. En el silenciamiento de las palabras e incluso del pensamiento. La permanente amenaza sobre aquellas voces que se resistían al totalitarismo, derivó en muchos casos en el exilio. El exilio, era para los antiguos griegos una pena mayor que la propia muerte. Nos interesa reflexionar sobre los efectos de éste en un artista en particular: Juan Gelman.

Juan Gelman, poeta del exilio.

Juan Gelman se exilia en 1975, tras recibir numerosas amenazas por parte de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Al poco tiempo, en marzo de 1976 se produce el golpe militar presidido por Videla, que emite una orden de captura y desaparición en su contra, lo que prolongará su exilio. Hacia fines de 1978 se aleja de Montoneros por tener con la conducción grandes disidencias. Esto lleva a que sea acusado de traición y se ordene su captura por los siguientes cargos: “deserción, insubordinación, conspiración y defraudación” (Montanaro, 2006: 24). Gelman cargaba con dos sentencias a muerte, la de Montoneros y la de las Fuerzas Armadas, quienes justamente se encontraban enfrentados. Recién se le permite volver al país en octubre de 1989 con los indultos del entonces presidente Carlos Menem, lo que le provoca gran malestar.

El hecho de ser un exiliado influye sobremanera en la poesía de Gelman, no como tema recurrente sino, como él mismo sostiene, como una obsesión. Para poder vislumbrar los

alcances de esta obsesión dentro de la producción gelmaniana es necesario primero reflexionar sobre la palabra exilio.

En el *Diccionario de la Lengua Española* (2001) figuran varias acepciones; tomaremos dos de ellas por considerarlas las más significativas semánticamente: “1.m. Separación de una persona de la tierra en que vive; 2.m. expatriación, generalmente por motivos políticos”. La primera acepción resulta un poco vaga, no es capaz de dar cuenta de la circunstancia particular en la que se produce la separación, ni del estado emocional que produce en el exiliado. Pareciera ser una acción cotidiana que más bien se acercaría al significado de la palabra “*transterrado*”², vocablo creado para expresar un cambio de situación geográfica que, pese a no ser voluntario, no es vivido como experiencia traumática sino como apertura a nuevos mundos, como prolongación de la vida anterior en un nuevo territorio. La segunda acepción define exilio como la acción de ser expulsado de la patria por razones políticas, lo que de por sí connota un fuerte compromiso social del exiliado para con su país. En este caso el expulsado no es simplemente arrancado de su tierra como lugar geográfico, sino que es arrancado de su patria, lugar simbólico al que lo une una gran carga afectiva. Como consecuencia de ello la persona exiliada experimenta un trauma que condiciona toda su vida futura.

Consideramos que el exilio es, de entre las formas de **extirpar lo diferente**, el que conlleva la mayor carga psíquica para el individuo porque conjuga de cierto modo cárcel y muerte. Cárcel en tanto encierro; el exiliado se encuentra en un encierro simbólico que se da a través del lenguaje. O bien se enfrenta a un lenguaje Otro que lo mantiene fuera de sí, o bien a un lenguaje cuyo código es compartido pero no así sus valores semánticos. Deja de compartir la cosmovisión y las referencias del mundo que compartía con su sociedad, y experimenta un extrañamiento hacia lo nuevo que se le presenta. Gelman (2009) expresa ese extrañamiento en versos como el siguiente “¿Acaso el cielo no es el mismo? El cielo no es el mismo. (...) Color de cielo otro, lluvia ajena, luz que mi infancia no conoce.” (p.14). Ante ese lugar extraño que se le aparece, el exiliado responde con el ensimismamiento, negándose a aceptar la realidad que se le impone. El exiliado se encuentra entonces encerrado en su propio lenguaje. “Pasa el tiempo y la manera de negar el destierro es negar el país donde se está, negar su gente, su idioma, rechazarlos como testigos concretos de una mutilación.” (p.13)

Por otro lado, el exilio se vive como la pérdida de la identidad, y en este sentido, como muerte. La identidad se forja en estrecho vínculo con la sociedad en la que se vive y con su

² Para una profundización del término ver *El exilio filosófico en América: Los transterrados de 1939* de José Luis Abellán.

cultura. Al romperse el lazo que lo vincula con su comunidad de origen se crea un hueco, un vacío de sentidos en el sujeto que es percibido como la muerte de una parte de sí mismo. La palabra será la encargada de sortear ese vacío. El lenguaje debe recrearse, buscar el modo de volver a nombrar a partir del vacío y de las ruinas de la palabra. Gelman (citado en Montanaro, 2006) expresó en una entrevista:

“Los poetas en el exilio sufren el desprendimiento de la lengua madre. Es arrancarse de un contexto en que se ha vivido, que al final pareciera que la única patria que queda en el exilio es la lengua, la patria del idioma” (p.31).

La palabra es el refugio, el territorio donde habita el poeta y desde donde habla. Sin embargo, tras el derrumbe de la sociedad, el poeta se encuentra ante la imposibilidad de la palabra, la imposibilidad de pensar y de entender lo que vive, “Se trabaja o no, se estudia o no, se aprende el idioma del país en que se está o no, se reconstruye la vida o no” (Bayer y Gelman, 2009: 13). Tras la dictadura los escritores comienzan a buscar nuevos modos de expresión que puedan dar cuenta de la realidad. Adorno (citado en Vilar, 1995) plantea que para ello se debe poner una luz sobre aquel mundo trastocado y hacerse cargo de la realidad tal como está ya que no se la puede negar ni borrar. Esta es la única forma de recuperar la palabra, de conservar la memoria y no repetir el pasado. Gelman sigue este camino y experimenta con la palabra a lo largo de toda su producción, renueva el lenguaje poético, hace que la palabra se vuelva el lugar de resistencia y de lucha.

“Mientras el dictador o burócrata de turno hablaba/ en defensa del desorden constituido del régimen/ él tomó un endecasílabo o verso nacido del encuentro/ entre una piedra y un fulgor de otoño (...) con mano hábil lo abrió en dos cargando/ de un lado más belleza y más/ belleza del otro/cerró el endecasílabo/puso el dedo en la palabra inicial/apretó”. (Gelman, 1978)

La palabra se convierte en el arma para enfrentar a la dictadura. El poeta pone su cuerpo y sus palabras al servicio de la construcción de un futuro más justo. Para que ese futuro sea posible es necesario asumir la derrota sin sentirse derrotado, asumirla como error que lleva a la verdad: “El exilio como otro mundo diario, como error. La persistencia en el error que puede originar una verdad. La verdad como error corregido, es decir, cualquier error corrige la verdad.” (Bayer y Gelman, 2009: 79).

La muerte de la derrota sólo se logra por medio de la palabra que recupera la realidad y la denuncia. Es en este sentido reveladora de la verdad y constructora de justicia. La poesía es el único modo de ser que encuentra el poeta. Gelman asume la poesía no como compromiso sino como justicia, como arma para conservar la memoria y mostrar la verdad: “no olvidar el exilio/ combatir a la lengua que combate al exilio/no el exilio/ o sea la tierra/ (...) No olvidar las razones del exilio/ la dictadura militar/ los errores que

cometimos por vos” (Bayer y Gelman, 2009: 21). “Vinieron dictaduras militares, gobiernos civiles y nuevas dictaduras militares, me quitaron los libros, el pan, el hijo, desesperaron a mi madre, me echaron del país, asesinaron a mis hermanitos, a mis compañeros los torturaron, deshicieron, los rompieron.” (p.17). Pero, pese a ser una poesía de denuncia, la de Gelman es una poesía amorosa. Desde allí recuerda a los compañeros ausentes, a los familiares ausentes, y se reúne con ellos para reivindicar el valor con que se enfrentaron al horror: “murieron/ dieron vida para que/ nada siguiera como está” (Gelman, 1980).

A través de estos brevísimos ejemplos de la poesía de Juan Gelman, observamos que el exilio no consiste en la acción de mudar el lugar de residencia sino que es un estado de desgarramiento interno que resulta inmovilizante pero que, paradójicamente, es también propulsor del impulso de resistencia y lucha que puede combatir al poder. La palabra es el sitio desde donde se resiste, es el refugio, el arma, el lugar donde habita la memoria y es el tiempo de reencuentro con los seres queridos.

Conclusión

Partimos de la caracterización de la sociedad disciplinaria estudiada por Foucault para avanzar sobre el funcionamiento del poder y los mecanismos de control puestos en funcionamiento para dominar a la sociedad. Comprobamos que dicho funcionamiento del poder encierra ciertas similitudes con el funcionamiento del gobierno de facto que tomó a la Argentina en 1976. En ambos casos los mecanismos de control fueron aplicados sobre los sujetos considerados diferentes y peligrosos por tener creencias opuestas a las instauradas. Se concibió a la diferencia como enfermedad que debía ser extirpada de la sociedad y esto llevó, en el caso de la dictadura militar, al encierro, la persecución y la muerte de miles de personas. Pero, como afirmó Foucault, “Donde hay poder hay resistencia al poder”, y la poesía de Gelman es claro ejemplo de ello.

Bibliografía

- BAYER, Osvaldo y GELMAN, Juan (2009) *Exilio*, Buenos Aires, Argentina: Editorial La Página.
- CORBATTA, Jorgelina (1999) *Narrativas de la guerra sucia en Argentina (Piglia, Saer, Valenzuela, Puig)*, Buenos Aires, Argentina: Corregidor.
- FOUCAULT, Michel, (1973-74) “La fuerza del loco”, *El poder psiquiátrico*. Curso en el Collège de France que distribuye el Fondo de Cultura Económica. Disponible en www.página12.com.ar, 19/05/05.
- GELMAN, Juan (1978) *Hechos*, Buenos Aires, Argentina: Seix Barral.
- (1980) *Si dulcemente*, Buenos Aires, Argentina: Seix Barral.

LORENZANO, Sandra (2001) *Escrituras de sobrevivencia: Narrativa argentina y dictadura*, Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Iztapalapa (UAM), Colección Biblioteca de signos.

MONTANARO, Pablo (2006) *Juan Gelman: esperanza, utopía y resistencia*, Buenos Aires, Argentina: Ediciones Lea Libros.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001) *Diccionario de la lengua española (DRAE)*, ed. 22.^a. URL: www.rae.es (recuperado el 22/05/12).

VILAR, Gerard (1995) "Composición: Adorno y el lenguaje de la filosofía", *Isegoría*, 11 (p.195-203).